

Umaña Luna: la libertad del pensamiento

Darío Germán Umaña Mendoza

Universidad Nacional de Colombia



Escribir sobre Eduardo Umaña Luna es referirse a la historia del cumplimiento de los Derechos Humanos en Colombia, del Derecho Internacional Humanitario y de los Derechos de los Pueblos, pero sobre todo de solidaridad, de humanismo y de justicia social. Su vida estuvo signada por la coherencia intelectual y personal, sin el más mínimo asomo de duda sobre su papel en la historia y sin ninguna claudicación.

De Eduardo Umaña Luna bastaría decir que era un “maestro”, cuya vida estuvo unida a la enseñanza y la investigación. Sus más de treinta libros así lo testifican. La génesis de su vida académica fue el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, basta mencionar que fue uno de sus profesores fundadores.

Como hombre universal profundizó en la sociología del derecho: su análisis sobre los códigos de la guerrilla liberal fue profundo y esclarecedor sobre lo que podía ser un ideario de respuesta humanista a la miopía de las burguesías colombianas y su permanente desprecio por la constitución de una nación donde la desigualdad y la explotación no fuese la norma. En el libro *La violencia en Colombia*, escrito con Orlando Fals Borda y Monseñor Germán Guzmán, las causalidades explicitadas sobre la sociología del conflicto, continúan siendo marco de referencia para los estudiosos de una tragedia que permanece.

En *Camilo Vive* rescató el pensamiento y los escritos de este sociólogo y profesor: sus trabajos sobre el conflicto agrario y las regiones, su papel como intelectual y formador de juventudes. Anecdóticamente hay que recordar que Camilo casó por la iglesia a muchos de los estudiantes marxistas de la Nacional y bautizó a sus hijos en la gracia de Dios.

Consideró siempre que el desarrollo científico, académico y cultural era un patrimonio de la humanidad. Aún recuerdo cuando en un homenaje que se rendía por el éxito del libro *La violencia*, se acercó el editor y le mencionó la necesidad de hablar del pago de los derechos de autor. Él, con su profunda ingenuidad, pensó que le iban a cobrar por la edición y contestó: “Doctor, tengo que confesarle que me es imposible pagarle por la publicación de las ideas”

Como investigador de la “Tramoya Colombiana”, título de uno de sus escritos, profundizó en la definición del humanismo social, y de allí su cercanía con Camilo Torres Restrepo, en esa profunda propuesta de unión entre humanistas, marxistas o religiosos; y mostró cómo la única alternativa viable para alcanzar la paz en un país marcado por la ausencia de democracia real y el manejo del Estado y del gobierno por parte de las oligarquías nacionales, era y continúa siendo una propuesta de paz y de justicia social, la cual permanece ausente en nuestra patria y —por el contrario— cada día parece más lejana.

También incurrió en el derecho y la sociología de la familia y de la niñez. En sus últimos días una de sus mayores preocupaciones era sobre quién defendería a los niños abandonados por los padres ricos. Él lo fue. Toda la ignominia que significa para una sociedad el abandono de la niñez, el menor trabajador y su inclusión, no sólo como víctimas, sino actores de la guerra, fue parte de su proyecto como investigador y humanista.

Compartimos un espacio en la Universidad Nacional de Colombia, ambos como profesores, así como nuestro común anhelo de fortalecer la educación pública como forma de respuesta de una sociedad a las terribles desigualdades en el conocimiento. Siempre fue importante su análisis lúcido y desde su primer libro, que también se constituyó en su tesis de grado como abogado, era su permanente inquietud ver al intelectual comprometido con el país. En su análisis del “Memorial de Agravios” de Camilo Torres y Tenorio titulado *El Intelectual en la Emancipación*, expuso la necesidad de definir el papel del intelectual comprometido con la Colombia profunda, esa Colombia policlasista, multiétnica y pluricultural.

Como abogado su periplo vital no fue menos intenso. Formidable penalista y orador. Tal vez el primer defensor civil de presos políticos en Colombia, penalista admirador de Gaitán, defensor en los Consejos de Guerra Verbales del teniente Cendales, los trabajadores de la USO, los universitarios acusados de ser militantes del ELN, entre otros. Nunca cobró un centavo de honorarios y por eso en mi casa jamás existió abundancia económica sino simplemente intelectual.

Su punto de unión con la realidad y su polo a tierra era Chely: la prudencia, la valentía y la habilidad para manejar las más difíciles situaciones. Como tantas madres colombianas vio enterrar a José Eduardo, el hijo mayor de su matrimonio con Umaña Luna. Con dignidad y sin odios, ni perdona ni olvida. Ahora, no sabe qué hacer sin la intensidad de su marido y de su hijo. Su tristeza y nostalgia son profundas, pero aún con ellas a cuestas, sigue transmitiendo a las nuevas generaciones toda la dulzura y el amor que siempre la han caracterizado.

Ah, me olvidaba, Eduardo Umaña Luna fue mi padre y el de Luz Ángela. Es triste, sabía que lo era y me hace falta, pero tengo que reconocer que pertenece al país y a su historia. Alguno de los días previos a la muerte de Eduardo y cuando el médico le preguntaba quién era yo, lo miró socarronamente y le contestó: mi mejor amigo. Y, es verdad, no fui

ni su hijo, ni su pariente, ni nada distinto que su mejor amigo. José Eduardo también fue por sobre todo mi amigo, tangencialmente mi hermano. Los dos están en alguna parte compartiendo la muerte como también lo hicieron en vida, fecunda y trágica, como es el espacio vital que les permitió ser uno solo. Me imagino que ya se encontraron nuevamente y se han constituido en adalides de otras causas perdidas. Con el poeta no queda más que decir: “Señora Muerte que se va llevando todo lo bueno que a nosotros topa”.

[213]